

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

León Guillermo Gutiérrez

“Amparo Dávila, maestra del horror”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 66, octubre-diciembre de 2023, pp. 12-15.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Amparo Dávila, maestra del horror

León Guillermo Gutiérrez

En 30 de junio de 1965, en el periódico *La Mañana*, de Montevideo, Uruguay, apareció un encabezado por demás perturbador: “Horror al alcance de todos”. No se trataba, aunque así lo pareciera, de una nota policiaca, sino del artículo de Mario Benedetti en el que escribió sobre *Música concreta* (1964), de Amparo Dávila:

Escritos con una sencillez despistadora, estos relatos tienen una de las clásicas virtudes del cuentista de garras: interesan de principio a fin. La autora mexicana tiene una particular habilidad para construir relaciones tangibles, diálogos veraces, y también para dar a hechos y palabras un aval de cotidianidad, de cosa posible. Pero a ese rasgo, ya de por sí estimable, agrega una destreza que en cierto modo da la clave de su estilo de imaginación: el misterio se va generando por debajo de la sencillez.

Y en 1969, la gran poeta argentina Alejandra Pizarnik le escribió en una carta a su amiga Monique Altschul, quien venía a México: “Y si te aburres por no conocer gente grata y amable, andá a ver a mi

Nada menos que Benedetti, Pizarnik y Cortázar, íconos de la literatura hispanoamericana, hacen manifiesta la maestría de Amparo Dávila. Así que no es de extrañar que el interés cada día mayor sobre esta extraordinaria narradora obedezca a que sus relatos se encuentran en el catálogo de los clásicos de la literatura mexicana.

amiga la cuentista Amparo Dávila”. Muy lejos estaba Pizarnik de saber que su querida amiga sería considerada como una de las más grandes cuentistas de nuestros tiempos.

Pero diez años antes, esto es en 1959, comienza su amistad con Julio Cortázar. Amparo Dávila, con quien me une no solo la admiración sino también una profunda amistad que duró más de 20 años, me hizo un enorme regalo: cinco cartas que le enviara Cortázar entre 1959 y 1965, todas ellas desde París. En la primera, el autor de *Rayuela* escribe: “He tenido un gran placer con la lectura de *Tiempo destrozado*, que me parece un excelente libro. En la solapa se habla de esta obra como su primer libro de cuentos; si es así, admiro la maestría y la técnica que se advierten en cada página”. En la última epístola, refiriéndose a *Música concreta*, leemos:

Creo que lo que más me gusta en tus relatos es lo que podríamos llamar su razón de ser, el impulso que te llevó a escribirlos; en otras palabras, eso que el lector común llama “la idea”, o “el argumento”, pero que los veteranos en estas cosas sabemos que viene de más atrás y que precede al tema. Cada uno de los relatos se basa en una situación de una tremenda fuerza; no es que la idea haya sido desarrollada con

una técnica destinada a darle esa fuerza, sino que la raíz del cuento en ti me parece tremendamente fuerte, inevitable. Quizá la excepción sea “Arthur Smith”, que es más literario por decirlo de algún modo (y muy brillante, dicho sea de paso); pero todos los otros son como explosiones, como algo que estaba acumulándose y que de golpe se abre paso. He tenido esa sensación con cada nuevo relato que releía o que conocía por primera vez.

Nada menos que Benedetti, Pizarnik y Cortázar, íconos de la literatura hispanoamericana, hacen manifiesta la maestría de Amparo Dávila. Así que no es de extrañar que el interés cada día mayor sobre esta extraordinaria



Yumali Torres: *Es mi naturaleza*

narradora obedezca a que sus relatos se encuentran en el catálogo de los clásicos de la literatura mexicana. Amparo Dávila ya ocupa un lugar junto a aquellos que escribieron una obra breve pero de importancia enorme; para no abundar en nombres solo mencionaré el de Juan Rulfo.

Antes de referirme a la obra de Amparo Dávila (1928-2020), considero pertinente ubicarla en la historiografía de la literatura mexicana. El año en que nace, 1928, México se encuentra convulsionado por la Guerra Cristera y por el asesinato de Álvaro Obregón. Para las letras de nuestro país es un año afortunado; en él ven la luz, junto con Amparo Dávila, Carlos Fuentes, Inés Arredondo, Jorge Ibarguengoitia, Carlos Valdés y la gran poeta y querida amiga Enriqueta Ochoa, entre otros.

Como decía al principio, Amparo Dávila publica en 1959 su primer libro de cuentos, *Tiempo destrozado*. Es la década del surgimiento de una nueva narrativa en México que signará no solo un rompimiento sino el derrotero y consolidación de una verdadera literatura que se proyectará en el ámbito internacional. La mayoría

de estos escritores, que construyen lo que podemos llamar “literatura del medio siglo”, gozarán de amplia fama y serán objeto de las más altas distinciones literarias dentro y fuera de nuestro país. Durante este periodo aparecen *Confabulario* (1952) y *Bestiario* (1959) de Juan José Arreola; *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo; *Los días enmascarados* (1954), *La región más transparente* (1958) y *Las buenas conciencias* (1959) de Carlos Fuentes; *Balún Canán* (1955) de Rosario Castellanos; *El libro vacío* (1958) de Josefina Vicens; *Un hogar sólido* (1958) de Elena Garro; *El solitario Atlántico* (1958) de Jorge López Páez; *Tiempo cercado* (1959) de Sergio Pitol; *La justicia de enero* (1959) de Sergio Galindo; *La creación* (1959) de Agustín Yáñez; *La sangre de Medusa y otros cuentos marginales* (1959) de José Emilio Pacheco; *El laberinto de la soledad* (1950), *Águila o sol* (1951), *El arco y la lira* (1956), *Las peras del olmo* (1957) y *La estación violenta* (1958) de Octavio Paz, y *La Ilíada* de Homero (1951) traducida por Alfonso Reyes. Es decir, obras y autores fundamentales en las letras nacionales.

Se habla de sus afinidades literarias con Borges y Cortázar, de la influencia de Allan Poe y Franz Kafka. No obstante, la gran escritora zacatecana no necesita de emparentamientos para el reconocimiento a su originalidad y perfección en el dominio del cuento, la estética de su narrativa solo le corresponde a ella. Es importante señalar que el primero en descubrir la calidad de su escritura fue nada menos que Alfonso Reyes, a quien se debe la publicación de sus primeros cuentos en la *Revista Mexicana de Literatura*, la *Revista de la Universidad de México*, la revista *Estaciones* y otras más.

Entrando en terreno, es lugar común hablar de las obsesiones que ciñen la escritura de los autores, pero más bien se trata de lo que señaló Jorge Luis Borges en el epílogo de *El hacedor*:

...un hombre se propone la tarea de dibujar al mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de navés, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de



Yumali Torres: *Flor de romero (inversión)*

personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.

Lo mismo sucede con Amparo Dávila; la cara que ha dibujado en sus cuentos es primordialmente la de la infancia, la que ella misma recuerda en Pinos, su pueblo natal:

El espectáculo en que me divertía era ver pasar la muerte tras el cristal de la ventana. Mi mamá padecía un insomnio crónico a causa de su estado nervioso y las pasiones de mi papá eran los negocios y las mujeres.

Esta afirmación no requiere de mayores especulaciones para saber el origen de la presencia de mujeres vencidas por el desquiciamiento; la muerte silenciosa,

premeditada o violenta, a veces siniestra, y hombres que protagonizan la tragedia a causa de su adulterio.

En los cuentos que integran los libros de Amparo Dávila, la acción transcurre en espacios cerrados, oscuros; o si son abiertos se convierten en escenografías lúgubres, pequeños microcosmos donde el horror agazapado lanza de repente el zarpazo y, sin misericordia, alcanza a seres propensos a la indefensión. Amparo Dávila apela a la acción rápida; los diálogos, en más de las veces, son mínimos o integrados al movimiento de la trama. Muy lejos de la llamada literatura feminista, con la misma maestría construye personajes femeninos y masculinos. Los cuentos de Amparo Dávila están escritos con la precisión del mecanismo de un reloj.

Mucho se ha insistido en que su obra pertenece al género fantástico; es más pertinente decir que ha hecho uso de seres fantasmales para reforzar la realidad, como señala Cecilia Eudave. “Por ello el discurso de lo fantástico no evade lo real, lo exterior, sino busca reafirmarlo”. *Cuentos reunidos* (2009) –que contiene los libros *Tiempo destrozado* (1959), *Música concreta* (1964), *Árboles petrificados* (1977) y *Con los ojos abiertos* (2009)– está poblado de seres extraordinarios, producto de la imaginación, o reales de naturaleza siniestra, que reavaden y se apropian de la fragilidad de hombres y mujeres de vidas contenidas, donde el tedio y el vacío son enmascarados en la violencia interna de cada uno de ellos, en quienes el ejercicio cotidiano es el dolor, el insomnio, la locura, el suicidio y el desdoblamiento que los hace vivir en un mundo alucinante, enajenado, en el umbral de lo insólito y de la fatalidad. Fantasía y realidad se convierten en una sola cara de la moneda. Pero también son cuentos impregnados de la ternura del amor, parten de las minucias de la vida cotidiana. Amparo Dávila explora y expone la soledad de los individuos confinados a un destino no previsto, en cuyo diccionario no existen las palabras “felicidad” y “esperanza”. Se puede afirmar que son cuentos del sentido trágico de la vida, como diría don Miguel de Unamuno. En cada uno de ellos se cierce el drama como un destino inapelable. El investigador y crítico imprescindible Luis Mario Schneider escribió: “Los cuentos de Amparo Dávila no son solo literatura, sino una profunda investigación en el campo de la ética, del comportamiento humano”.

En los cuentos de Amparo Dávila se cuentan dos historias, conforme al postulado de Ricardo Piglia, mismas que son

paralelas, la oculta y la evidente; la secreta se construye con lo no dicho, con lo que permanece oculto. De ahí que el miedo, el proceso de locura, la paranoia y el delirio de persecución entretejen en lo soterrado la otra historia, la verdadera historia de horror.

En el libro *Árboles petrificados* (1977), el tono cambia, es diferente, aunque persista la presencia de seres que provocan el desquiciamiento. La sexualidad es más evidente, el sueño anticipa la realidad, lugares de la Ciudad de México son nombrados: el Sanborns de la calle Niza, la colonia Juárez, el pasaje de Catedral. En estos cuentos los personajes son seres que en búsqueda del amor salen con los brazos abiertos y chocan contra muros vacíos, seres a quienes de improviso les da un vuelco la vida, de un momento a otro la enfermedad, la locura, mundos alucinantes los conducen a la tragedia.

El libro de la autora zacatecana *Con los ojos abiertos* (FCE, 2009), que reúne los tres libros publicados con anterioridad, contiene el cuento del mismo nombre, el que desde el inicio nos transporta al mundo de la niñez de Amparo Dávila: “Soplaba viento, un viento frío que presagiaba un invierno duro”, mientras que en *Apuntes para un ensayo autobiográfico* escribe sobre Pinos, el pueblo donde nació: “El frío era más intenso y el viento soplaba más fuerte”. En el cuento el espacio está descrito como un lugar lleno de finos muebles, cuadros valiosos, esculturas, que más bien parecía un bazar de antigüedades. En la casa del abuelo paterno, recuerda “una sala muy grande con muebles de bejuco, tibores, espejos dorados, jarrones con flores de porcelana, así como un cuarto al fondo donde había un ataúd en el centro y cuatro cirios nuevos. Era el ataúd que el abue-

En los cuentos que integran los libros de Amparo Dávila, la acción transcurre en espacios cerrados, oscuros; o si son abiertos se convierten en escenografías lúgubres, pequeños microcosmos donde el horror agazapado lanza de repente el zarpazo y, sin misericordia, alcanza a seres propensos a la indefensión.

lo tuvo, listo, durante años, listo para su muerte”. Ese cuarto y el ataúd subsistirán simbólicamente en la narrativa de Dávila para recrear el mundo de las mujeres al borde de un ataque de terror. Mariana, la protagonista de la historia, recién viuda, se ve obligada a resguardar el fino mobiliario, esculturas y cuadros magníficos, propiedad de su marido como patrimonio de sus hijos. A partir de la llegada de tantos objetos, también llega un nuevo habitante, desconocido pero que traerá a las noches de Mariana la angustia, el agobio, los nervios crispados. El suspenso que se crea en su cuarto desde la cama al escuchar la manija, el abrir de la puerta, los pasos, nos recuerda al “Corazón delator” de Allan Poe. Pero el final nos sorprende; el lector, al igual que la protagonista, queda a la espera con los ojos abiertos.

Amparo Dávila no se repite, cada cuento es diferente, historias y desenlaces contienen su propia estructura y poética, ya que, para la escritora, al igual que para Truman Capote: “Hallar la forma correcta para un cuento es sencillamente descubrir la manera más *natural* de contarlo” (el subrayado es del autor).

En el cuento “El patio cuadrado”, del libro *Árboles petrificados*, se escribe la sentencia de todos los personajes de Amparo Dávila: “no hay escapatoria posi-

ble al huir de nosotros mismos; el caos de adentro se proyecta siempre hacia fuera”. Lo que confirma lo que decíamos al principio: lo fantástico es un recurso para reafirmar la realidad, es parte de la historia que se construye con lo no dicho. José Saramago escribió: “Dentro de nosotros hay algo que no tiene nombre, esa cosa es lo que somos”. De igual manera, los personajes de Amparo Dávila son en verdad lo no nombrado o, en palabras de ellos mismos: “Vivimos una noche que no nos pertenece, hemos robado manzanas y nos persiguen”.

Sin proponérselo, Amparo Dávila, ha puesto en el centro del debate, a través de su literatura, la redefinición de los géneros fantástico, maravilloso, surrealista, gótico y, ahora también, neofantástico. En sus cuentos lo que hace es solo confirmar la convivencia de múltiples realidades. Pero sin duda alguna, Amparo Dávila es la maestra del cuento de horror. **LPyH**

León Guillermo Gutiérrez (San Julián, Altos de Jalisco) realizó estudios de maestría y doctorado en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Texas en Austin. Es doctor en Literatura Iberoamericana por parte de la UNAM. Es poeta, ensayista y académico.